



En marcha

© Luis Besa

Sospechamos que se conocieron pocos días después de la rendición del IV Cuerpo, entre las ruinas de Stalingrado. Soy el teniente más bajito del Ejército Rojo, camarada coronel. Así se le presentó, y al momento Korolev supo como adelantar varias décadas en el Plan Tsiolkovski.

Mandarían enanos

Korolev formaba parte de la comisión artillera. Analizaba las defensas enemigas para futuras mejoras en el armamento. El teniente Yuri Yurusupov era una rata de túnel. Su tamaño le permitía recorrer las tuberías hasta el corazón de las líneas nazis. Golpear y desaparecer. En condiciones normales su nombre figuraría en cualquier catálogo de Héroes de la Unión Soviética. Pero es inútil buscar. Sus gestas fueron atribuidas a los “niños santos de la ciudad mártir”. Su nombre, expulsado de la historia.

Recordaba las palabras del maestro Tsiolkovsky: “El problema es y será siempre el tamaño del cohete. La limitación de carga. A mayor carga, más combustible, y por tanto, más peso. Es el pez

que se muerde la cola, Korolev. A veces pienso que todo es una quimera irrealizable”.

Le bastó una larga charla con Yurusupov para saber cómo lograrlo. Peso 40 kilos –dijo el enano-. Un 50% menos de oxígeno. La ración de un niño es suficiente para mí. Si Tsiolkovsky tiene razón, y si lo he comprendido correctamente, algún día un módulo vital tripulado por nuestros camaradas aterrizará en la luna, después, Marte. En las siguientes décadas el espacio se poblará de comunas espaciales autosuficientes. Ya no dependeremos entonces de los recursos del planeta ni seremos sensibles al hambre o la guerra. Mire alrededor, camarada coronel –estaban no lejos de la fábrica de tractores, allí, en otoño, se había decidido la batalla a golpe de amontonar soldados en las bocananas de los Panzer. Miles de jóvenes despedazados- no consentiremos que tanto sacrificio sea en vano, ¿verdad?

Korolev asintió mientras se estrechaban la mano. En su mente se multiplicaban los cálculos. Un módulo vital del 40% implicaba un ahorro del 50% del combustible, lo que a su vez dividía la potencia de arranque para superar la gravedad y alcanzar los míticos 9,8 metros por segundo al cuadrado. En 7 u 8 años, dijo, estaremos en condiciones de mandarte al espacio.

Arkadi el enano se sirvió un segundo vaso. Sus ojos, como de vidrio mate, contrastaban con el destello plateado del traje y los vivos colores de la lona. Miró al vacío, 7 u 8 años era un cálculo optimista. Tardaron más. A finales de 1960, Korolev, un mariscal y mi padre se reunieron para ultimar el lanzamiento del primer Vostok tripulado. Todo estaba a punto. Había que decidir las fechas del despegue. En ese momento le informaron que otro comandante, Gagarin, ocuparía su lugar en el módulo al finalizar la misión. Será fácil. Una vez en tierra, nuestra gente rodeará el módulo. Tú sales y él entra. Así de simple. Cuando la prensa vea caer la escotilla será Gagarin el que asome la cabeza.

Entiendo, dijo mi padre, no queréis que los capitalistas se rían. Que un enano panzón y con mofletes les diga: ¡Salud camaradas!

El pueblo soviético en marcha. Korolev y el militar bajaron la mirada. Son órdenes de muy arriba, camarada.

Pero Yurusupov siguió adelante. Había trabajado demasiado como para abandonar ahora por un arrebató de orgullo. Se había dejado la piel allí dentro. Dígame una cosa. En 1961 se manda al espacio una bola de dos metros de diámetro. Aquel oficial, Gagarin, debía medir más de 1,70. ¿De verdad cree que el patas largas viajó nunca en aquel bote?

No. Fuimos nosotros, los enanos. Agotadoras jornadas materializando diseños, automatizando gestos, memorizando datos hasta la extenuación. Luego, concluido el trabajo, aún teníamos que organizar aquel pequeño barrio de acondroplásicos. El Pabellón Naranja. Los colonos, nos llamábamos con orgullo. Familias enanas llegadas de todas las repúblicas rusas para comandar el futuro. ¿Se sorprende? Allí nació yo, un mes antes de que mi padre orbitase alrededor del planeta durante 50 gloriosos minutos.

Todo se hacía en secreto. La inmensa mayoría de los habitantes de la Ciudad de las Estrellas nada sabían del Pabellón Naranja. Es la unidad de examen del ensamblaje final, se explicaba cuando no quedaba otra. Revisan la estructura en los minutos previos al lanzamiento. ¿Arkadi, me quiere usted decir que todos esos valientes cosmonautas nunca existieron?, ¿que eran simples actores que en el último minuto se colaban en el módulo y sonreían a las cámaras? No, por Dios. No lo entiende usted, el nuestro era el proyecto profundo, caminábamos el paralelo. El objetivo era sacar unas cuantas décadas de ventaja a los capitalistas en el menor tiempo posible. Nuestros cohetes pesaban menos y eso se traducía en tiempo: más tiempo en el espacio; más montaje de estaciones en menos lanzamientos; más equipos con menos combustible. Se trabaja en dos direcciones, una para la propaganda, para estimular el orgullo del pueblo. La otra, la nuestra, era la verdadera dirección.

Recuerde a Tsiolkovsky. 1903 –recito Arkadi-, primer paso: Se construye un avión-cohete con alas y con los órganos de control

habituales. Paso dos: Hay que disminuir poco a poco las alas de los aviones, aumentar la potencia del motor y la velocidad...

(Antipirina lo recordaba bien, el punto de arranque de la Ciencia Ficción del siglo XX. En el paso diez se crean los primeros poblados alrededor de la Tierra, en el doce, colonias sobre los asteroides, en el 14 se alcanza la perfección individual y colectiva... En el 16 el Sol se colapsa y la población del sistema solar parte en pos de los hermanos *exter* que salieron antes).

No, los acondroplásicos no eran buenos para las portadas del Pravda. Lo nuestro era trabajar sin descanso en las estaciones orbitales. Ensamblar las partes de la Soyut. Subir, bajar, abonar con nuestros genes el alumbramiento del hombre mínimo. El hombre del mañana.

La música se aceleró triunfalmente preludiando el cambio de número. Prepárate, Arkadi, le dijo el director de pista. Luego está lo que mi padre pensaba. Un nuevo trago y Arkadi se levantó para ajustarse las letras rojas serigrafiadas sobre el uniforme. Me dijo que antes de la guerra solía preguntarse qué sentido evolutivo tenía ser bajo y grotesco en un mundo de patas largas. ¿Por qué la evolución nos ha tolerado durante generaciones y generaciones? ¿Para ser bufones, Rigolettos, agrios infrahombres, residuos raciales? No Arkadi. La materia no se combina porque sí. Si no existiera alguna ventaja evolutiva en la transmisión de nuestro gen, la mutación no hubiera prevalecido. Tiene que haber alguna razón, alguna justificación que lo explique todo.

En Stalingrado, agazapado entre los tubos, empecé a ver la luz, me contaba mi padre. Nuestra permanencia a lo largo de los siglos responde a un destino concreto en el progreso de las civilizaciones. Sí, Yuri pensaba en este tipo de cosas mientras el enemigo iba y venía y él colocaba fulminantes en la dinamita. Durante un tiempo abrigó la creencia de que determinados trabajos, determinadas especializaciones evolutivas, exigen gentes pequeñas. Eso mismo pensaba Korolev (aunque sobra decir que nunca lo dijo). Pero Yurusupov no se engañaba. En el fondo –me

decía mi padre- esto es como sostener que los niños ingleses de la revolución industrial vinieron al mundo sólo para extraer carbón de las minas.

Por las noches, en el Pabellón Naranja, arrobados grupos de enanos escuchaban las palabras de Yurusupov. Nuestro papel, camaradas, no puede ser sólo instrumental, afirmaba. Una necesidad puntual de la historia no justifica un destino, que nadie os confunda con eso. Yurusupov levantaba el dedo y señalaba triunfal a las estrellas. Mirad, allí está nuestra meta, para la que en verdad hemos nacido. Nuestros padres, nuestros abuelos, recibieron las patadas y las burlas de los patas largas sin saber lo que nosotros sabemos, que algún día las galaxias estarán pobladas de estaciones soviéticas habitadas por nuestros nietos. Somos la avanzadilla que conquistará el cielo. Ligeros para contrarrestar la fuerza de la gravedad, pequeños para duplicar los espacios. Torpes en la Tierra pero delfines orbitales cuando los motores se detienen y los objetos empiezan a flotar por la cabina.

Los enanos somos la raza del mañana, ciudadanos del cosmos, concluyó Arkadi mientras los tambores del circo redoblaban anunciando el siguiente espectáculo. Apuró el trago. Ha sido un placer, y se despidió.

Recorría parsimonioso la pista hasta el cañón. Se despojaba de la capa, trepaba por las escaleras y desaparecía como engullido no sin antes saludar con el pulgar hacia arriba en señal de victoria.

A fin de cuentas, el trabajo le gustaba.

Dentro del cañón, a la espera del brutal empuje de la palanca, el tiempo se detenía y la memoria de Arkadi Yurusupov, el hombre bala, volvía sus padres y sus tíos. Uno a uno los recordaba compartiendo el gran miedo de la cuenta atrás. Viajeros de la incertidumbre.